

## El supuesto pasado es presente

Antonio Ávila Chuliá

*Cuando la juventud pierde  
entusiasmo, el mundo entero  
se estremece.*

Georges Bernanos

Pese al estar de pleno inmersos en el otoño disfrutamos de un tiempo espléndido, temperaturas altas, más propias del estío, sin lluvias, incluso la naturaleza se siente satisfecha, los árboles se niegan a desprenderse de su ropaje amarillento, las hojas permanecen con firmeza prendidas a las ramas merced a este inocente engaño del clima, lo cual supone para mis habituales paseos por la ciudad del Turia todo un privilegio, además de permitirme callejear por los angostos pasadizos medievales que en esta ocasión me conducen hasta un regio edificio, símbolo de la pujanza y prosperidad valenciana del siglo XV, monumento nacional, la Lonja de la Seda o Lonja de los Mercaderes, obra maestra del gótico valenciano, ubicado frente a la Iglesia de los Santos Juanes y del Mercado Central, por detrás la plaza del Doctor Collado, su primitivo emplazamiento.

Quienes saben de estas cosas nos dicen que una “lonja” es un lugar de reunión de los negociantes, proviene del italiano “loggia” que significa pórtico, pues debajo de los soportales de las iglesias u otras edificaciones públicas era donde se congregaban los comerciantes para efectuar sus negocios y estar protegidos de las destemplanzas meteorológicas. El edificio que nos ocupa, muestra el alcance que tuvo la revolución comercial en el medievo, el desarrollo social alcanzado y el prestigio logrado por la burguesía valenciana.

El pasado veinte de octubre se cumplieron seiscientos seis años de la concesión en 1407, por parte del rey Martín El Humano, de un privilegio que permitió la creación de la “Taula de Canvis i Depòsits”, como ya había hecho la ciudad de Barcelona al crear esta institución financiera, precedente de los bancos estatales, pues complementaba a la banca privada, al tiempo que respaldaba la actividad económica y garantizaba las operaciones de cambio de moneda, depósito de alhajas u objetos de valor, además de acoger fondos públicos y provisiones de particulares, sin duda un impulso muy importante al facilitar la fluidez del comercio y asegurar los caudales confiados.

Durante el reinado de Jaime I “El Conquistador”, un trece de febrero del año 1300, queda instituido que cualquier banquero que se declare en quiebra será humillado por el pueblo, voceando su estado de quiebra que divulgará el pregonero público, viviendo en una estricta dieta de pan y agua hasta que reponga la totalidad de los depósitos. Al siguiente año, un dieciséis de mayo, el soberano decide que los banqueros obtengan las pertinentes fianzas y garantías de terceros, aunque estos harán caso omiso del mandato para proseguir con el engaño a sus clientes. El catorce

de agosto de 1321 se ordena que los banqueros que no cumplan de inmediato con los compromisos adquiridos se les declare en quiebra, y, caso que la deuda no sea satisfecha en el plazo de un año caigan en “desgracia pública”, su nombre sea pregonado por toda la ciudad y después decapitado.

Se halla documentado, en escritos fechados en el siglo XV, que el garante de la capital era el Racional, personaje nombrado por el monarca, de notable peso político, pues ejercía como interventor o controlador del gasto de la ciudad. Según dicen los relatos, estos solían hacer negocios privados con los fondos públicos, lo frecuente era que con el tiempo fuesen descubiertas sus trapacerías, entonces el Racional caía en desgracia, dicha falta era rememorada por toda la ciudadanía. En aquellas fechas, Valencia se hallaba sumida en un grave apuro económico, acentuado por la peste, motivo por el cual se reunieron mercaderes y agricultores con los gobernantes para tratar de resolver aquel trance; alcanzaron el dichoso consenso, arribando a la conclusión que era posible solucionar las dificultades financieras mediante la exportación de productos de cultivo tales como el cáñamo, azúcar, arroz... así lo llevaron a efecto, creando al mismo tiempo una economía más centralizada y conectada con otros mercados.

Enfrascado en mis embrollados pensamientos, luchaba por comprender como no éramos capaces de darnos cuenta que la vida, pese al transcurso de los años, no ha cambiado substancialmente; como emprendedor, además de veterano empresario, me inquieta la triste realidad de este tiempo, la situación que vivimos, ¡llamarla como queráis!, pues seguimos padeciendo su travesía desde hace años, como cuando en pleno temporal esperas que calme el viento, mengüe, pero la mar y el vendaval arrecian, las olas crecen, la tripulación agotada no sabe a quién dirigir sus plegarias... nos hablaron de los brotes verdes, ahora de la luz al final del túnel, entre tanto los patronos de cualquier condición y edad, empleados, propietarios, contratados, jubilados, parados..., todos absolutamente todos vivimos sumidos en una lucha sin cuartel por hallar una señal, una meta, una esperanza; son ya excesivos los años de tormentas, de tiempos ingratos, hasta malmandados, porque aquí ninguno cumple con los vaticinios, pese a que los jóvenes están dispuestos al cambio, a lo desconocido; resulta lamentable pero nadie es capaz de mostrarles el camino a recorrer, siempre se responde con idéntica cantinela: es cosa de pocos meses; un verdadero vía crucis para la joven generación que, desde su adolescencia, fueron preparados para alcanzar el triunfo en una sociedad hoy malherida.

Reconozco como empresario, de una empresa familiar del siglo XVIII, mi enorme preocupación, porque la continuidad es la gloria de la familia empresaria; todos esperamos el fin de la pérfida crisis, los sueldos se han abaratado hasta el punto que en algunos casos no son el factor determinante de los costes; los precios de los productos están al borde del sostenimiento de la empresa; la inteligencia y el saber se sufragan con cantidades de medio pelo con lo cual ya somos polivalentes y maleables, también fácilmente trasladables, ¡sea!, con tal de salir de este contexto, pero no dejo de preguntarme ¿qué más podemos hacer?. No dudo que saldremos de esta situación, aunque me niego a que lo hagamos siendo más pobres, no me resigno, debemos resistirnos a que el reloj de la historia nos devuelva a los años 60 o 70, porque en ese caso tendríamos un nuevo marco social, privatizaciones, jubilaciones

precarias, sin olvidar que lo buscado por los gobernantes es lograr menos desembolso para poder mantener su coste.

En nuestras viviendas poseemos bombillas que no empleamos por el elevado precio de la energía eléctrica; tenemos coche pero no lo usamos por el alto valor del combustible; disfrutamos de espléndidas calles con variada clase de comercios, cines, bares, restaurantes, peluquerías... cerrados o con apenas raros clientes. La pérdida de poder económico reduce el consumo, de modo que retroalimentamos la crisis; existen muchos y variados impuestos que pagar como el IRPF, IBI, IVA, IAE, sociedades, transmisiones patrimoniales, sucesiones y donaciones, el de circulación, además del combustible, tabaco, tasas de todo tipo, alcohol, multas..., con menos ingresos. Solo la ayuda racional de la administración pública para con las sociedades, compañías, comercios, organizaciones aliviando los trámites burocráticos a la mediana y pequeña empresa podría mitigar parcialmente la difícil situación, sin olvidar una política ilusionante por parte del gobierno, no la de unos hechos consumados que descorazonan.

Nuestra pícaro cultura popular nos adoctrina que la confesión descarga de los males terrenales, pero si le añades el diezmo y alguna limosna o dádiva mucho mejor, porque el porvenir no sólo es tiempo o suceso futuro si no lo que vamos hacer.